

Chascom contra Taurín



Chascom

Nº 8



CHASCON

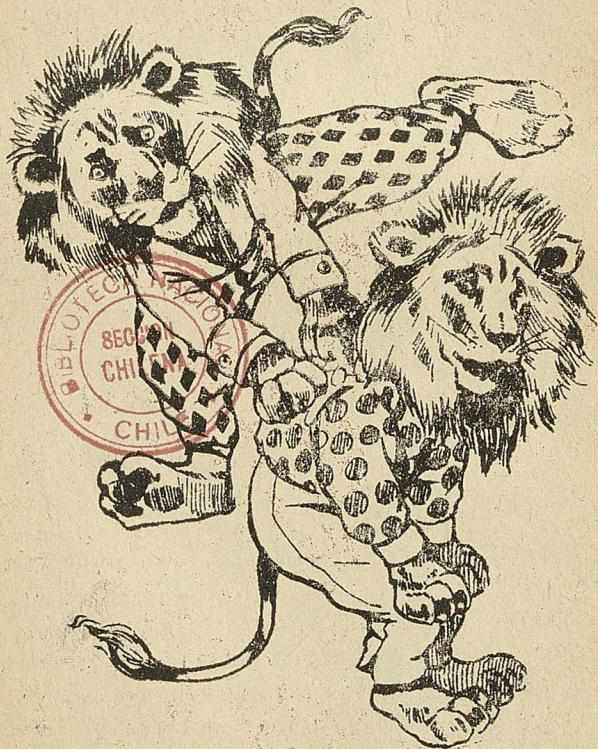
AÑO I

N.º 8

11 Junio de 1936

Redacción y Administración: Agustinas 1639. —Casilla 2787.

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



En la escuela de los leones hay traviesos leoncillos que se entretienen jugando a los mismos juegos que los

He aquí dos que no parecen aburrirse Por lo menos no puede negarse que saben



Chascón contra Tarzán

EPISODIO N.º 8.º

¡Maldito enano! — murmuraba Tarzán en su calabozo. Se ha puesto a ayudar a Chascón y, como seguramente es un mago, lo hace triunfar siempre.

Estas palabras y otras muchas que se nos han olvidado, decía Tarzán, encerrado en la celda subterránea, lleno de ira y despecho. De repente vió que en el muro había una araña bastante grande, que lo miraba fijamente con tremendos ojos. Tarzán, para consolar-se, comenzó a contarle su historia.

—Soy muy desgraciado, arañita — le dijo. — El tal Chascón me está dando muy malos ratos. ¡Qué feliz me sentiría si alguna vez lograra vencerlo!

Con gran sorpresa de Tarzán, la araña dejó de tejer su enorme tela y movió una pata, otra pata, y exclamó de pronto con voz de trueno:

—No hay que acobardar nunca, Tarzán. Yo te ayudaré.

Tarzán creyó estar soñando. ¿Era

posible que una araña hablara como un hombre? Y he aquí que la araña agregó, siempre con su voz atronadora:

—Mira, Tarzán, yo soy un guerrero embrujado. Unos enemigos me convirtieron en araña; pero resulta que, por haberme hablado tú, lo mismo que a un amigo, el embrujamiento ha terminado. Voy a convertirme en el buen guerrero que siempre he sido.

Dijo esto la araña y la celda se obscureció. Cuando se disipó un poquito la sombra, Tarzán vió que ante él estaba de pie un guerrero de magnífica presencia. En su puño derecho brillaba una espada.

Sin más trámite comenzaron, entre los dos, a darle empujones fenomenales a la puerta. Al cabo de media hora, la puerta cedió. Tarzán y el guerrero salieron a los corredores del castillo.

—Caminemos silenciosamente, para que no nos oigan —dijo el guerrero.

—Sí; es necesario que Chascón y el enano no se den cuenta de nuestra fuga — agregó Tarzán.

Caminando en la punta de los pies, anduvieron por los corredores del castillo.

De esta manera, calladitos, llegaron hasta la inmensa puerta de la entrada. La encontraron abierta y salieron al campo.

Cuando estuvieron en medio de grandes árboles, el guerrero le dijo que iba a llamar a sus soldados.

—Ya verás tú cómo desde ahora nos va a ir a las mil maravillas — dijo el guerrero.

Y lanzó un enorme grito, que resonó hasta más allá de las montañas.

Si quiere saber lo demás lea las páginas centrales

de esta revista



Era, hasta entonces, la más bonita

BLANCA NIEVES

La reina estaba bordando junto a la ventana, la cual tenía un negro marco de ébano. Era uno de los días últimos del año y no paraba de nevar. La reina, de vez en cuando, sin soltar la aguja, se asomaba por el hueco a ver el aspecto de los tejados, de los árboles y de los caminan-

tes. Al levantarse una de estas veces, se clavó la aguja y la sangre salpicó la nieve. La reina exclamó:— ¡Dios mío! ¡Si me concedierais una hija tan blanca como la nieve, tan encarnada como la sangre! ¡Una niña que luego tuviera un cabello ondeado, tan negro como el ébano que guarnece mi ventana!...

Dios la regaló poco después con una niña así, la cual se llamó Blanca Nieves. La pobre madre no pudo ver la negra cabellera, porque murió cuando Blanca Nieves no tenía más que una pelusilla suave en la cabeza, pero tuvo una inmensa alegría al ver lo blanca y sonrosada que era la carnecita de la criatura.

Blanca Nieves se quedó sin madre; pero el rey trató de que tuviese una nueva, y se volvió a casar poco tiempo después.

La nueva reina era sumamente bella, pero también sumamente orgullosa de su hermosura. No podía tolerar que delante de ella estuviese o se hablase de la belleza de otra mujer. Tenía un maravilloso espejo, al cual le preguntaba siempre que se miraba:

—“Espejito, querido espejo,
¿quién es la más bella mujer del reino?”

Y el espejo respondía:

—“Nadie te aventaja, Señora y Reina.
en el mundo entero, ninguna es tan bella”.

Con lo cual quedaba contenta, pues sabía que el espejito no echaba embustes.

Pero Blanca Nieves fué creciendo, creciendo, y al cumplir los siete años, era más clara que un día radiante y más

hermosa que la misma reina. Llegó el momento en que al preguntar la reina a su espejo:

—“Espejito, querido espejo,
¿quién es la más bella mujer del reino”?

el espejo contestó:

—“Eras la más bella, mas ya no lo eres;
ahora la más bella es Blanca Nieves”.

La reina tembló de rabia y se puso pálida de envidia. Desde aquel instante, siempre que veía a Blanca Nieves sentía que el odio la asfixiaba. Este odio fué creciendo en ella día por día; hasta que, no pudiendo resistir más, llamó a un cazador y le dijo:

—Llévatela al bosque, al sitio más obscuro y enmarañado del bosque. No quiero tener a esta niña más tiempo delante de los ojos. Cuando llegues al sitio, mácala y tráeme sus entrañas, para que yo sepa que ha muerto.

El cazador obedeció. Fué en busca de Blanca Nieves y salió con ella camino del bosque. Cuando estuvieron allá y sacó su formidable cuchillo de caza, la pequeña comenzó a llorar y a decir:

—¡Ay, buen cazador, no me quites la vida! Yo no saldré del bosque. Yo no iré por el palacio.

El cazador conmovido ante la edad y la belleza de la niña, dijo:

—Siendo así, vete, querida niña.

Y sintió como que le quitaban un peso de encima.

Entretanto, Blanca Nieves vió una casita, se dirigió a ella y entró. Todo lo que había en la casita era de una extremada pequeñez. Todo lo que había en la casita era de una extremada pequeñez, pero muy mono y muy limpio. Allí se veía una

mesa de comedor diminuta, con siete platitos, siete vasitos, siete cubiertitos, siete cucharitas, siete tenedorcitos, siete servilletitas. Arrimadas a la pared, había siete camitas blancas como la leche. Blanca Nieves comió una pizca de cada platito y bebió una gota de cada vasito, para no consumir la ración de ninguno. Y después, como estaba tan cansada, se echó en una de las camitas, pero tuvo que probar las siete para dar con una que medio le conviniera. Al fin se acomodó y se quedó dormida.

Anocheció del todo y vinieron los señores de la casa, que eran siete enanos, siete pequeños buscadores de valiosos minerales en las montañas vecinas. Encendieron la luz, y al punto notaron que allí había entrado alguien, pues las cosas no estaban en el mismo orden que antes.

En esto, el primero volvió la vista hacia su camita y dijo: ¡Alguien ha dormido en mi cama! — Y, al ir mirando los demás las suyas, fueron exclamando lo mismo, hasta que el séptimo dió con la durmiente. Todos se agolparon junto a la cama, trayendo la luz.

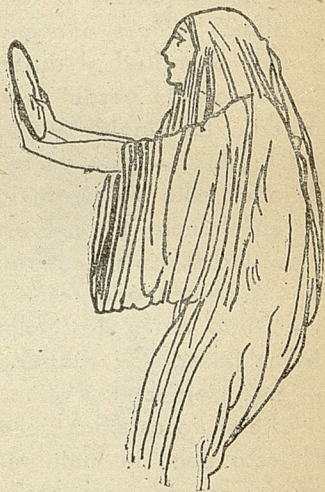
— ¡Dios mío, qué criatura más bonita! — exclamaron. Y, para no despertarla, convinieron en que el séptimo durmiera una hora con cada compañero.

Al venir la mañana se despertó Blanca Nieves y se asustó al ver los enanos. Pero ellos estuvieron muy amables y le preguntaron cómo se llamaba. — Yo me llamo Blanca Nieves. — ¿Y cómo has venido hasta nuestra casita? — A lo cual contestó diciendo que su madrastra había querido matarla, que el cazador la había soltado y que, después de andar todo el día por el bosque, dió con ella y entró.

Entonces, los enanos dijeron: — ¿Quieres tú cuidar nuestra casa: cocinar, limpiar, lavar, coser, tenerlo todo en orden y limpieza? Si quieres, vivirás aquí sin que te falte nada.

Se quedó, pues, al cargo de la casa. Por las mañanas se iban los enanos a las montañas a buscar piedras preciosas; por la tarde volvían a casa y era preciso tener preparada la cena. Como durante el día se quedaba sola Blanca Nieves, los enanos le hicieron la siguiente advertencia:

*Se miraba todos los
días en el espejo*



—Ten mucho cuidado con tu madrastra, porque ella puede saber en seguida que estás aquí. No dejes entrar a nadie en la casa.

Y tenían razón, porque la reina supo por su espejo que Blanca Nieves vivía. Se vistió como las vendedoras ambulantes, se pintó la cara simulando arrugas, y se presentó con sus mercancías delante de la casita de los enanos, pregonando: — ¡Cintas y cordones! ¡La cintera!

Blanca Nieves, asomándose a la ventana, preguntó:

—Buena mujer, ¿qué vendéis?

—Buenas cosas, buenas cosas. Cordones y cintas de todos colores.

Y diciendo esto, enseñaba unos cordones para el corsé, con más colores que el arco iris.

Blanca Nieves creyó que podía dejar entrar sin peligro a la buena mujer y le abrió la puerta.

—Ven acá, manojo de rosas, — le dijo la vendedora, —yo misma te pondré el cordón en el corsé.

Y Blanca Nieves, inocente, se lo dejó poner. Pero la vieja, con prontitud y dureza de mano, la apretó tanto que la pobre niña perdió la respiración y cayó al suelo como muerta. La fingida vieja, loca de alegría, salió de la casa diciendo: — ¡Ea, ya se acabó tu belleza!

Al poco rato volvieron los enanitos y, al ver a Blanca Nieves en el suelo, sin moverse, como muerta, medio cayeron espantados. La recogieron, le aflojaron el corsé y Blanca Nieves comenzó a respirar, comenzó a sentirse bien y a vivir como antes. Los enanos quisieron enterarse de lo que había pasado, y, cuando oyeron a la niña exclamaron:

—¡Esa vieja era la reina! Cuídate de no abrir la puerta a nadie si no estamos nosotros en casa.

En esto llegó la mala mujer a su palacio, y, yéndose derecha al espejo, preguntó:

—“Espejito, querido espejo,
quién es la más bella mujer del reino?”

El espejo le respondió que era Blanca Nieves.

La ira volvió a revolverse en el corazón de la reina, quien daba por muerta a la infanta. En seguida se puso a discurrir cómo podría matarla, y pensó en una peineta envenenada. Se disfrazó de pobre vieja otra vez y se presentó en la casita de los enanos. Blanca Nieves miró por la ventana y dijo: — No puedo permitir la entrada a nadie.

Pero la vieja exclamó: — ¡Mira qué peinetas tan bo-

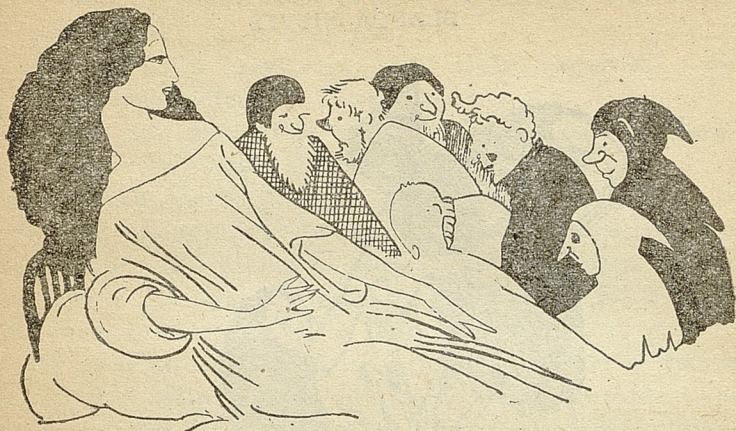


Ordenó que la mataran

nitas! — y le mostró la envenenada. Tanto le gustó a la niña, que, medio entontecida, bajó y abrió la puerta. Cuando hubo comprado el peinecillo, dijo la vieja: — ¡Yo misma te voy a peinar con él!

La sencillota Blanca Nieves ofreció su cabeza, y la vieja malvada le clavó la peineta. El veneno hizo su efecto como un rayo, y la infeliz cayó como muerta.

Por fortuna, los enanos volvieron pronto a casa, y al verla tendida en el suelo sospecharon que la reina había estado allí otra vez y que había intentado matarla. Se pusieron a reconocerla y pronto dieron con la peineta envenenada. Apenas se la arrancaron, comenzó a revivir Blanca Nieves y a contarles lo pasado.



Los enanitos se encontraron con Blanca Nieves en la casa

La reina, en cuanto llegó a su casa, le hizo al espejo la pregunta de siempre.

Al oír la misma respuesta de otras veces, la reina se mordía las manos de ira, y dijo: — ¡Blanca Nieves ha de morir, aunque me cueste la vida!

Sin esperar un momento, se encerró en un cuarto solitario, donde nadie entraba, y allí preparó una manzana envenenada. La manzana tenía unos colores tan vivos y tan sanos que nadie podía resistir la tentación de comerla. Y, sin embargo, el que comiera de ella caería muerto. Cuando acabó de prepararla, se pintó la cara, se vistió de campesina, se fué a la casita de los enanos y llamó a la puerta. Blanca Nieves sacó la carita por la ventana y dijo:

—No puedo abrir a nadie. Los enanos me lo han prohibido.

—Bueno; si no quieres abrir, no abras; pero como yo quiero vender mis manzanas, toma, te regalo una para que las pruebes.

—¡No, gracias! No puedo tomar nada de nadie.

—¡Ah! Ya veo: es que piensas que tienen veneno; pues, para que te convenzas de tu equivocación, vamos a comerla a medias. Muerde tú la parte encarnada y yo la más verde.

Pero la manzana no tenía veneno más que en la parte roja. Blanca Nieves, al ver que la campesina mordía y se

*Quedó solita, cuidán-
dolo todo*



comía su parte, no pudo resistir, alargó la mano, cogió la fruta y la mordió. Apenas había mordido el primer trocito, se vino al suelo, sin vida.

—Esta vez no te despertará nadie, — pensó la reina; y de prisa, de prisa, se fué a su palacio. Al llegar, le preguntó:

—“Espejito, querido espejo,
¿quién es la más bella mujer del reino?”

Y el espejo respondió al fin:

—“Nadie te aventaja, Señora y Reina.
En el mundo entero, ninguna es tan bella”.

Entretanto, ¿qué pasó en la casita? Cuando al llegar la noche volvieron los enanos, vieron a Blanca Nieves desplomada en las frías baldosas, sin respiración, muerta. La recogieron y depositaron en su cama, y, al punto, se pusieron a ver si tenía, como otras veces alguna cosa clavada en el cuerpo, o que le impidiese respirar. La rociaron con agua, le pusieron vino en la boca, le dieron frotaciones. Pero todo fué inútil: la niña estaba muerta.

El duelo duró tres días, al fin de los cuales pensaron enterrarla. Pero Blanca Nieves seguía pareciendo viva, sonrosada y fresca como una rosa. Los enanos dijeron: — ¡No es posible meter en la negra tierra una cosa tan bonita! — Y mandaron hacer una caja de cristal para ponerla dentro y poder verla bien. En el cristal escribieron el nombre, añadiendo que era hija de un rey. Cuando todo estuvo listo, se vistieron de seda negra y se llevaron el ataúd al monte.

Pero un día sucedió lo que vais a saber. Un príncipe imperial que andaba de cacería por aquellas selvas y montañas, vino a pedir posada a los enanos. Estaba rendido y quería comer y descansar bajo techado. Este príncipe había visto a Blanca Nieves dentro de su caja en lo alto del monte, y había leído la inscripción dorada que tenía el cristal. En cuanto terminó de comer con los enanos, el príncipe les dijo:

—Dejadme el féretro; yo os doy por él todo lo que me pidáis.

Pero los enanos respondieron:

—Nosotros no lo damos por todo el oro del mundo.

Entonces agregó el príncipe:



Se casaron y fueron felices

—Pues, si no lo vendéis, regaládmelo. Yo no puedo vivir sin ver a Blanca Nieves. Yo quiero reverenciarla y venerarla como a la verdadera y única mujer amada.

El príncipe puso tanto calor en sus palabras y tanta tristeza en su ademán, que los enanos sintieron compasión de él y acabaron por decirle que se la llevase, que Blanca

Nieves estaría bien guardada en su palacio. El príncipe, loco de alegría, casi no pudo dormir. A la mañana siguiente ordenó a sus criados que subieran al monte. Los enanos subieron también con el príncipe. Los criados, una vez arriba, cargaron a hombros con el sarcófago y empezaron a bajar. Llevaban un buen trecho de camino, cuando uno de los hombres tropezó y el féretro se hizo pedazos al topar con una gran roca que había cerca. La sacudida enorme que llevó el cuerpo de Blanca Nieves fué su salvación, pues le hizo arrojar el trozo de manzana envenenada que tenía en la boca sin haberla tragado. Y ya os podéis suponer lo que pasó: al arrojar el pedazo envenenado, Blanca Nieves volvió a la vida.

Las primeras palabras que dijo fueron éstas:

—¡Dios mío! ¿Dónde estoy?

—Estás conmigo, — le contestó el príncipe.

—¿Quién eres tú? — exclamó Blanca Nieves.

—Yo soy el dueño de Blanca Nieves, porque me la regalaron los enanos dentro de esa caja de cristal que acaba de romperse. Yo iba cazando ayer por estos montes y te vi metida en el féretro. Mi corazón me decía que tú no estabas muerta; de tu cara no se habían ido los colores ni la sonrisa amable. Como yo no acertaba a separarme de ti, hablé con los enanos, y estos, al ver que yo era hijo de un rey, no tuvieron inconveniente en que te llevase conmigo. A pesar de lo mucho que lo sentían, dijeron: — En ninguna parte estará tan bien guardada como en el palacio de un príncipe que tanto amor siente por ella. — Esto es lo que ha sucedido, amada Blanca Nieves. Ahora dime, — ya que estás viva — si vas de buena voluntad al palacio de este príncipe que tanto te quiere. Tú serás mi esposa pronto, y el día de mañana, la reina.

No hay que decir cuál sería la contestación de Blanca Nieves. Baste saber que a las pocas semanas celebraron las

bodas con toda pompa y señorial regocijo.

A ellas estuvo invitada la inolvidable madrastra de Blanca Nieves. Cuando esta desdichada reina hubo terminado de ponerse su mejor vestido, se presentó delante del famoso espejo y le dirigió la pregunta de siempre:

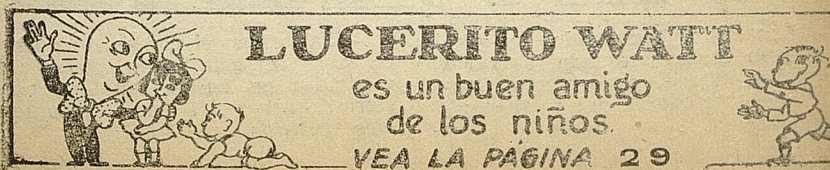
—“Espejito, querido espejo,
¿quién es la más bella mujer del reino?”

El espejo contestó:

—“Tú eres la más bella sólo aquí en tu casa;
que la joven reina es mucho más guapa”.

De miedo y de angustia no pudo decir una palabra aquella envidiosa mujer. Pensó no ir a la ceremonia del casamiento, pero la envidia y la curiosidad de ver a la que le ganaba en belleza le empujaban irresistiblemente. Se puso en camino y se presentó en el palacio. Cuando se vió frente a Blanca Nieves, un frío de muerte le recorrió el cuerpo. Quiso retirarse del salón, alejarse de palacio; pero con gran cortesía se le acercaron unos pajes a ponerle las zapatillas de baile. Estas zapatillas eran de hierro y habían estado más de una hora al fuego. Como estaban al rojo vivo, las trajeron con pinzas.

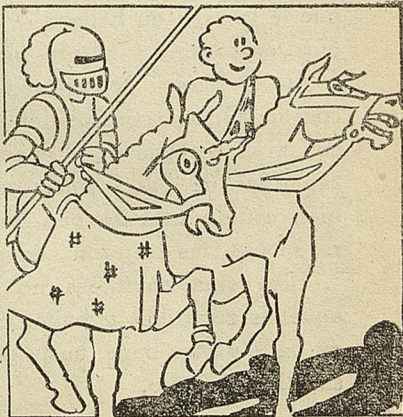
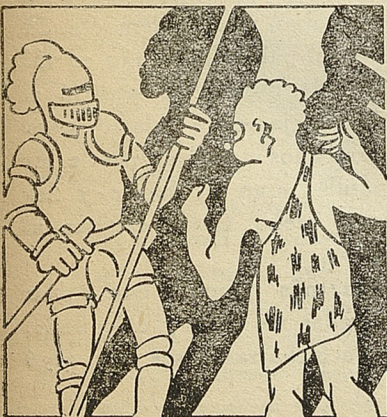
La reina envidiosa no tuvo más remedio que calzar aquellas zapatillas y bailar con ellas un baile y otro baile, un baile y otro baile, hasta que, achicharrados sus pies, cayó sin vida al suelo.





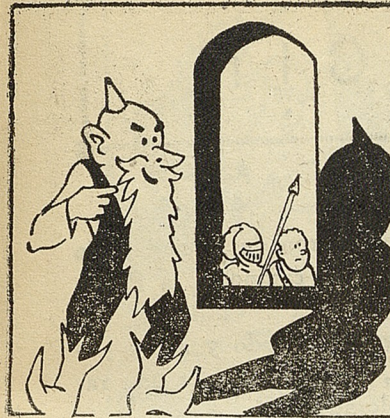
1.—Encerrado en la obscura celda del castillo, Tarzán se dedicó a mirar a la arañita que había en el muro y le contó su desgracia, para consolarse.

2.—Tarzán se asombró muchísimo cuando oyó hablar a la araña, que le decía: — “Soy un guerrero que ahora, porque me has hablado, vuelve a la vida y al combate”.



3.—La arañita, convertida en guerrero con lanza y espada, ayudó a Tarzán a salir de su encierro. Cruzaron los corredores del castillo y...

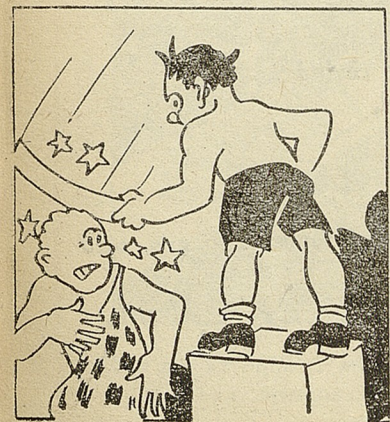
4.—Una vez en el campo, el guerrero dió un grito. Inmediatamente, montados en ágiles caballos, parecieron brotar del suelo innumerables soldados.



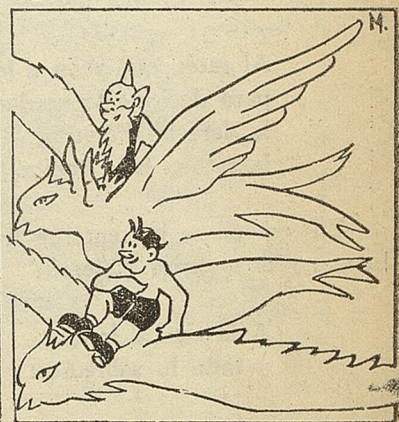
5.—Tarzán les pidió que sitiara el castillo, para apresar a Chascón. Pero, desde una ventana, el enanito vió la maniobra de los enemigos.



6.—Corrió el enano a contarle a Chascón lo que ocurría. Como el enanito era mago, convirtió a Chascón en estatua de bronce, con un garrote en la mano.



7.—Entraron los soldados en el castillo, dando aullidos de furor. Cuando Tarzán pasó ante la estatua, ésta le dejó caer encima un garrotazo.



8.—Tarzán cayó al suelo, aturdido. Mientras tanto, el enano había preparado a dos pájaros gigantes, que echaron a volar con él y Chascón por el cielo...

(¿Dónde fueron a parar? — Véalo en el próximo número).

P E R E C I N

Cuando al ratoncito Pérez le echaron de la ciudad sin decirle por qué, se marchó a vivir al campo, a la República de los ratones.

Pero con todo esto era muy desgraciado y nadie podía consolarle más que **Perecita**, su hija, que era una ratona blanca, con el hociquito colorado.

Un día se lamentaba en la puerta de su cueva, diciendo:

—¿Por qué me habrán echado?

Se le ocurrió gritar:

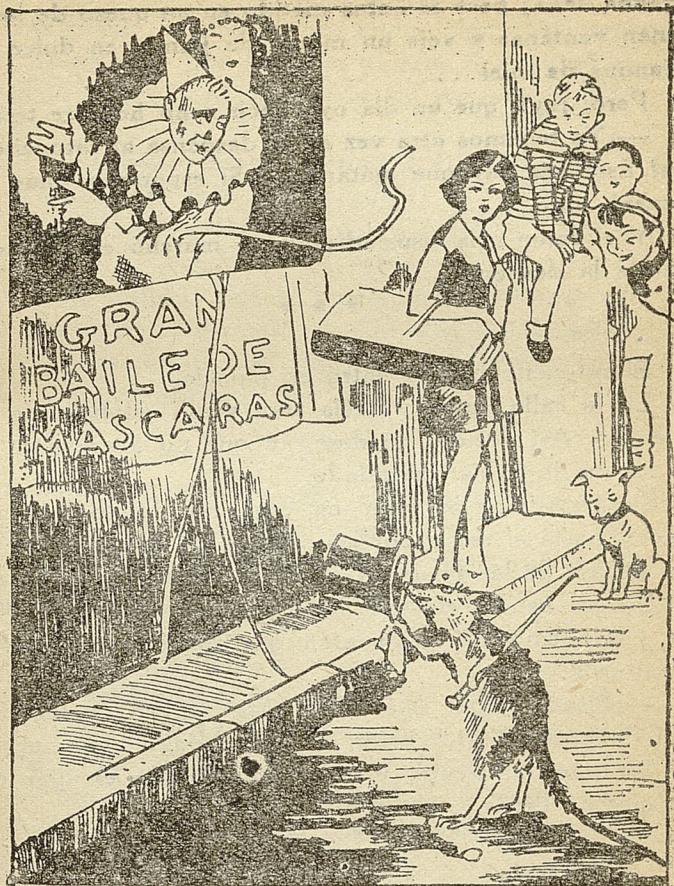
Al ratón que vaya a la ciudad
para decirme la verdad,
le daré mi Perecita,
la ratona más bonita.

En seguida se presentaron tres ratones. Uno gris, otro blanco y otro pardo. Dijeron:

A la ciudad iremos,
y todo lo sabremos.

* * *

El ratoncito gris entró en la primera casa que encontró abierta. Después se escondió en un rincón para oír lo que hablaban.



Pasó por un baile de máscaras y la gente salió a llamarle desde las ventanas...—!Caballero, caballero! Pase usted a bailar

El ratón, sin saberlo, se había metido en la despensa, mientras la señora sacaba la miel para el postre.

Allí fué feliz mucho tiempo. La verdad es que no ave-

iguaba nada; pero se había metido en un queso de los que tienen ventanas y veía un monte de jamón en dulce y un estanque de miel...

Pero, ¡ay!, que un día oyó decir a un hombre terrible: —¡Ya tenemos otra vez en la despensa al ratoncito **Pérez**! Esta vez hay que matarle... Si esperamos más se lo comerá todo.

Y el ratón gris, asustadísimo, se marchó en cuanto **vió** abierta la despensa.

* * *

El ratoncito blanco entró en palacio.

En la calle llovía y hacía frío, y allí estaba todo muy calentito. Así decidió quedars, aunque no averiguara nada de lo que le habían mandado.

Contentísimo de vivir en casa tan lujosa se dedicó a subir hasta el techo por las cortinas de la cama, a correr por debajo de las sillas y a olisquear los tarros del tocador.

En eso estaba cuando llegó una señorita. Encendió la luz, y lo mismo fué ver al ratón, que ponerse a dar chillidos horribles.

—¡**Pérez**! ¡Aquí está **Pérez** otra vez! ¡Que le maten! ¡Yo no puedo verle correr, que me pongo muy nerviosa!

Vino mucha gente, y el ratoncito pudo escapar entre los pies de todos.

* * *

El ratón pardo recorrió muchas casas con el mayor silencio, sin poder averiguar nada. Al fin supo que un tendero había jurado matar al ratoncito **Pérez**, y a su casa se fué.

Subía y bajaba escaleras, revolvía los armarios, mordía la ropa, roía los libros... y nada, no podía saber por qué habían echado al ratoncito **Pérez** de la ciudad.

Una noche, buscando, buscando, vino a encontrar una jaula de alambre que no tenía pájaro, sino un gancho colgando del techo, con un pedazo de tocino prendido en la punta.

El ratón pardo buscó la entrada y se metió...

¡Ya no pudo encontrar la salida!

Cuando fué de día, un hombre cogió la jaula entre las manos:

—¡Ah, ladrón! ¡Ya te tengo, infame **Pérez**! ¡Por meterte donde no te llaman! — y le dejó donde estaba.

¡Pobre ratón pardo! Sin comer ni beber, pronto se quedó en los huesos...

* * *

El ratoncito **Pérez** estaba sentado a la puerta de su cueva cuando llegó el ratón gris.

—Ratón gris, dime la verdad; ¿por qué me echaron de la ciudad?

—Porque comías.

Llegó el ratón blanco, y dijo:

—Te echaron porque corrías.

Y llegó el pobre ratón pardo, sin orejas y sin rabo, y tan flaco, que nadie le conocía, y dijo:

—Porque donde no te llamaban te metías.

Después contó que había jaulas para cazar ratones, engañándoles con tocino.

Y **Perecita** se casó con él.

* * *

Al poco tiempo le trajeron a la ratona un pequeño de **París**, y le llamó **Perecín**.

Perecín era el más guapo de todos los ratones. Tenía pintas en la frente, el lomo pardo y la barriga blanca.

Era el consuelo de ratoncito **Pérez**, que ya estaba muy viejo, tenía los bigotes caídos y se burlaban de él los ratones.

Porque, aunque era muy bueno, estaba educado como un ratón campesino. Por eso a **Perecín** le educó una ratona inglesa y le enseñó a ser obediente y discreto.

Cuando **Perecín** fué mayor le dijo a su abuelo:

—Abuelito **Pérez**, me quiero ir a la ciudad.

Y el abuelo le dió cuatro consejos:

“No comerás. No correrás. No te meterás donde no te llamen. No entrarás en las jaulas.”

Después le compró un sombrero de copa, un bastón, un pañuelo de seda y un frasco de colonia.

* * *

Andando despacito, despacito y repitiendo los consejos de su abuelo, llegó a la ciudad.

La gente le miraba asombrada; pero al verle tan serio, nada le decían. Hasta un gato salió a olerle y se fué corriendo con el rabo tieso, de tanto miedo que le dió.

Pasó por un baile de máscaras, y la gente salió a llamarle desde las ventanas.

—¡Caballero, caballero! Pase usted a bailar.

Entró, y todas las muchachas le rodearon:

—¡Huy, qué traje tan precioso! — decían.

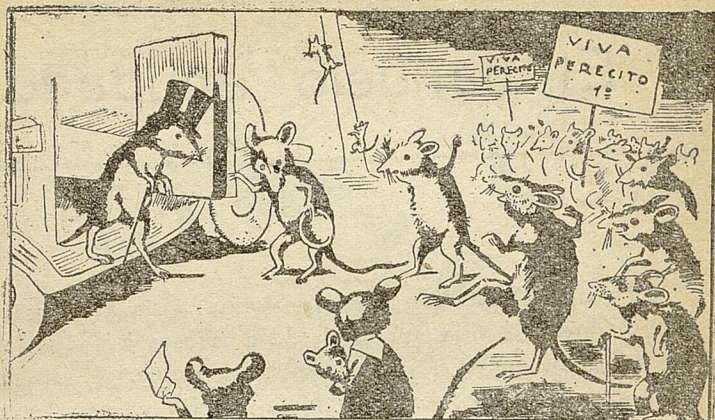
Muchas quisieron bailar con él.

—¡Es un ratón muy distinguido! Baila tan despacio como si el suelo fuera de cristal.

Y tuvo que bailar con todas las señoritas para enseñarlas, hasta que todas las parejas bailaron como **Perecín**.

De pronto, gritó una señora:

—¡Ladrones! ¡Ladrones! — y todo el mundo se fué corriendo, menos **Perecín**, porque su abuelo se lo había prohibido.



*llevaron a su cueva en un coche, al que seguía un
camión cargado con las provisiones...*

Entraron los ladrones, y al ver al ratoncito con su sombrero de copa, el bastón y el pañuelo de seda, se asustaron mucho y se fueron.

Entonces todos los de la ciudad dijeron que **Perecín** era el más valiente, el más generoso y el mejor educado de todos los ratones.

Y le regalaron una casa, con jardín y todo.

Pero como tenía verja alrededor, el ratoncito, creyendo que era una jaula, no quiso entrar, porque su abuelo se lo había prohibido.

—¡Es un ratón desinteresado! — dijeron.

Y le llevaron a su cueva en un coche, con la música del regimiento tocando delante y un camión detrás, que llevaba la cesta.

El ratoncito **Pérez**, que estaba en la puerta tomando el sol, se puso a bailar de alegría.

Y todos los ratones gritaron:

—¡Viva el rey **Perecín**!

El pañuelo anudado

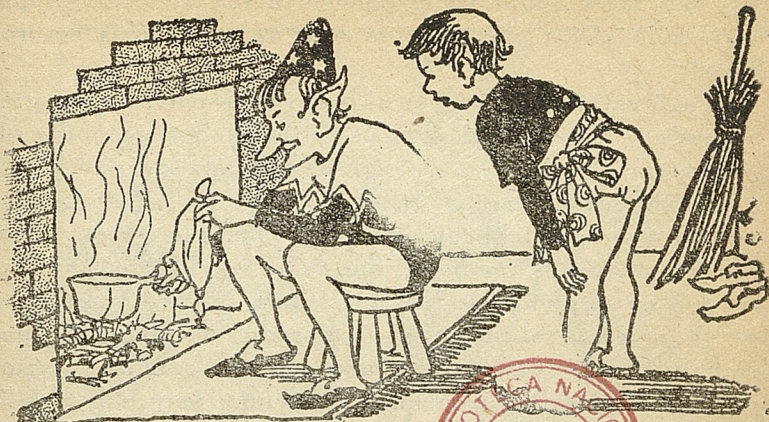
Un día, Acalorado fué a desvainer guisantes en su jardín. Tomó una silla, un cesto de guisantes y un plato para ponerlos. Se sentó al sol y empezó a limpiarlos. Era un día muy caluroso, de verano. Hacía mucho calor. Acalorado resoplaba y jadeaba, deseando haber traído su sombrero para defenderse la cabeza. Pero como era tan perezoso, no quiso penetrar en la casa para irlo a buscar y se contentó con sacar su gran pañuelo amarillo, al que hizo un nudo en cada esquina, para cubrirse la cabeza, que así quedaba bastante protegida del sol.

En cuanto hubo acabado de quitar las vainas de los guisantes, se metió en su casa. Quitóse el pañuelo de la cabeza para guardárselo en el bolsillo, pero se olvidó de deshacer los nudos. Y allí estuvo el pañuelo hasta el siguiente día. Cuando Acalorado se levantó por la mañana, sacó de su bolsillo el pañuelo con objeto de tomar otro limpio y entonces vió que tenía cuatro nudos.

Acalorado tenía la costumbre de hacer un nudo en el pañuelo cada vez que quería recordar alguna cosa, y así, al ver los cuatro nudos, se quedó extrañadísimo y se dijo que el asunto debía tener una importancia extremada, cuando fué necesario hacer nada menos que cuatro nudos.

Ya no se acordaba de haber utilizado el pañuelo para cubrirse la cabeza. Por lo tanto, se sentó y, durante cinco minutos, se estrujó el cerebro, tratando de recordar.

—¿Por qué hice tantos nudos? — se preguntó. — ¡Oja-



*El señor brujo arrojó el
de color rosado*

¡a pudiese acordarme! ¿Será el santo de algún amigo? ¿Vendrá alguien a merendar conmigo? ¿Habré de ir a visitar a alguien? ¿Qué será? Tengo una memoria detestable. ¡Ojalá supiera por qué hice todos esos nudos en mi pañuelo!

Acalorado estaba preocupadísimo. Decidió ir a ver al señor Brujo, para preguntarle la razón. Tomó la bolsa y salió.

El Brujo examinó el pañuelo amarillo con los cuatro nudos y frunció el ceño. Luego lo metió en un jarro lleno de leche, de color de rosa, y lo hirvió durante cinco minutos. Después sacó el pañuelo, que tenía unas manchas rojizas, y lo retorció para secarlo. Lo extendió, por fin, y lo volvió a examinar. Llevaba una palabra escrita.

—Esa es la razón de que hicieras los nudos en tu pañuelo — dijo. — Puedes leerla.

—¿“Sol”? — exclamó Acalorado, examinando el pañuelo. — ¿“Sol”? ¿Qué significa eso? ¿Para qué necesi-

taba yo hacer nudos en el pañuelo a fin de recordar que hacía sol? ¡Dios mío, la cosa está cada vez más embrollada!

Pagó cincuenta céntimos al brujo y se marchó muy preocupado. ¡"Sol"! ¿Qué significa eso? ¿Habría de poner algo a secar al sol? ¿Tal vez quiso acordarse de eso?

Acalorado no podía imaginar otra cosa. Por eso decidió ir a la casa del geniecillo Memorión, que era muy listo y tenía tan buena memoria, que, a veces, llegaba a recordar las cosas olvidadas por los demás.

A su casa se encaminó Acalorado, llevando su anudado pañuelo. Memorión estaba sentado ante su puerta, tejiendo una corbata con hilos de bruma, muy fina y delicada. Acogió con una sonrisa a Acalorado y le preguntó en qué podía servirle.

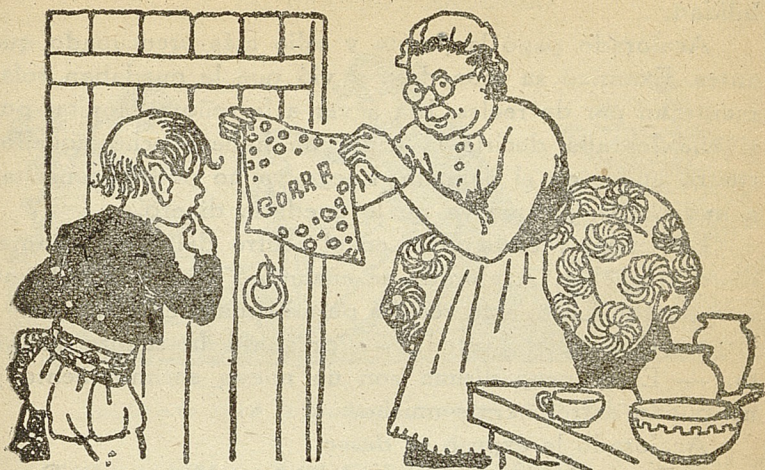
—Quisiera saber si podrás decirme la razón de que hiciese cuatro nudos en mi pañuelo. Tengo la costumbre de hacer un nudo en él cuando quiero recordar algo importante. Pero ahora me es imposible acordarme de por qué los hice. ¿Podrás decírmelo?

Memorión tomó el pañuelo, tanteó los nudos y se quedó muy pensativo. Luego se llevó el pañuelo al interior de la casa y, con gran sorpresa y susto de Acalorado, arrojó el pañuelo al fuego. Pero no se quemó. Solamente cambió varias veces de color, poniéndose verde y rojo y, de repente, saltó del fuego, yendo a caer a los pies de Acalorado.

El geniecillo lo recogió y lo frotó entre sus manos. Todos los nudos se habían puesto verdes, de modo que el pañuelo tenía un aspecto muy raro. Era amarillo y tenía las puntas amarillas y verdes.

—Ahí está — dijo Memorión, entregándoselo a Acalorado. Ahora verás la razón de haber hecho los nudos.

Acalorado tomó el pañuelo y lo examinó. Había des-



Está impresa la palabra «gorra»—cijo la niña

aparecido la palabra “Sol” y en su lugar estaba escrita la palabra “Acalorado”.

—¿Acalorado? — se preguntó con el mayor asombro. — ¿Qué significa esto? Este es mi nombre. ¿Por qué está escrito en el pañuelo?

—Supongo que querías acordarte de evitar en ti mismo los efectos del calor — contestó Memorión. — ¿No te acuerdas aún?

—Me parece que no — dijo Acalorado con la mayor extrañeza. — Vamos a ver. ¿Qué cosa se pone demasiado caliente? No me gusta dejar que se encienda demasiado mi chimenea, pero con este tiempo de verano ya se comprende que no la utilizo. Por lo tanto, no puedo haber querido recordar eso. Resulta muy difícil averiguar el significado de esos cuatro nudos, ¿verdad, Memorión?

—Así parece — contestó el geniecillo, reanudando su

tarea. — Es una peseta, Acalorado, — añadió con amabilidad.

Acalorado pagó la peseta y salió más preocupado que antes. Examinó su monedero y vió que le quedaban solamente un par de reales. Iría a ver a la señora Monita, por si ella lograba decirle la causa de haber hecho aquellos cuatro nudos en el pañuelo. Luego ya no podría consultar a nadie más, porque ya no le quedaría dinero.

La señora Monita vivía en el centro del bosque inmediato al pueblo. Acalorado se encaminó a su casa y llamó a la puerta. En el acto recibió permiso para entrar.

—¿Qué quiere usted? — preguntó la señora Monita. — Estoy ocupadísima con un nuevo encantamiento y no puedo entretenerme mucho.

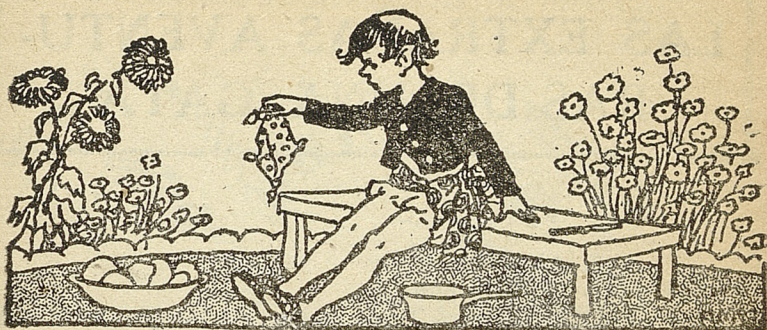
Acalorado le expuso su deseo.

—Eso es fácil — contestó la señora Monita. — Deme usted el pañuelo.

Lo tomó y deshizo los cuatro nudos. Puso en un extremo un poco de mantequilla y volvió a hacer el nudo. En otra punta puso una pluma amarilla, nudándola igualmente. En la tercera esquina puso un poco de miel y la cola de un pescado en la cuarta. Estas dos últimas también las anudó. Hecho eso, se puso sobre el pañuelo y pronunció algunas palabras mágicas. Recogió el pañuelo y lo abrió. Estaba muy sucio con las cosas que le pusiera, pero, en el centro, aparecía la palabra "Gorra", que mostró a Acalorado.

—No recuerdo nada acerca de una gorra — dijo Acalorado, más extrañado que nunca. — Le aseguro, señora, que eso es un misterio. Temo no descubrir nunca por qué hice esos cuatro nudos. De todos modos, muchas gracias, señora Monita. No ha logrado usted aclarar mis dudas, pero ahí tiene sus cincuenta céntimos.

Acalorado regresó a su casa, arrepentido de haberse



Acalorado sacó su pañuelo y se quedó mirándolo

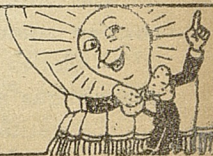
gastado el dinero, y en cuanto llegó a ella tomó unas patatas y salió al jardín para mondarlas. Como quiera que el sol era muy caliente, empezó a sentir alguna molestia, pero la pereza le impidió volver a la casa para tomar su sombrero. Y entonces se le ocurrió la idea de cubrirse la cabeza con un pañuelo. Sacó el que llevaba en el bolsillo y cuando empezaba a anudar sus puntas, se interrumpió, pues, en el acto, recordó que el día anterior había hecho lo mismo.

—Resulta — se dijo — que esos nudos de mi pañuelo no significaban nada. ¡Oh, qué tonto he sido! ¡Qué memoria tan detestable! Si no me contuviese, capaz sería de echarme a llorar y aun quizá yo mismo me diera unos puñetazos.

Y realmente, tal vez los tenía muy merecidos.

LUCERITO WATT

les prepara algo muy
interesante para Uds.



LAS EXTRAÑAS AVENTURAS DE UNA GATA

--¡Miau!... ¡Miaaauu!...

Así gritó la gatita en lo alto del tejado. Estaba desesperada. Le habían ocurrido muchas extrañas cosas en muy poco tiempo. ¿Qué iba a ser de ella?

Desde luego, he aquí sus aventuras: esa tarde la había llamado el gato-alcalde del pueblo y le había dicho:

—Tienes que ir a cazar a un ratón muy molesto que anda, sin que nadie pueda cogerlo, haciendo mil fechorías por las bodegas de la alcaldía. Preséntate tú, sedúcelo, y cuando lo tengas a tu alcance, échale la garra encima.

La gatita se marchó a paso de carga. Llegó a la bodega de la alcaldía y divisó al ratón, que estaba comiéndose un queso que era para el alcalde.

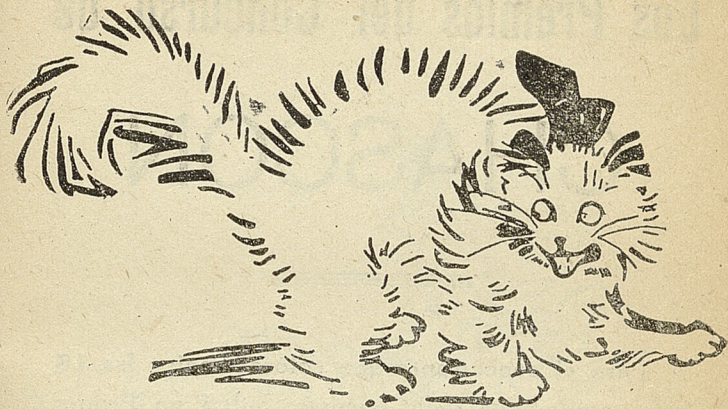
Algún ruido debió hacer la gata, pues el ratoncito la oyó venir. En cuanto la tuvo cerca, la saludó muy atentamente y le dijo:

—Eres la gata más hermosa que he visto. Tan linda eres, que ni siquiera me importará que me cojas con tus preciosas garras y me hagas morir como a una rata vulgar. Morir entre tus patitas va a ser una delicia.

La gata, al oír esto, sonrió como los gatos y las gatas sonríen cuando están contentos y le dijo al ratoncito:

—Sabes hablar bien, bribonzuelo. Tan bien hablas que me obligas a perdonarte la vida.

La gatita volvió donde el gato-alcalde y le dijo que no había encontrado al ratón. El gato-alcalde frunció los ojos,



La gatita llegó a la bodega...

arqueó la cola y dijo:

—Eres una traidora. Sé perfectamente, por un espía, que el ratón te dijo unos piropos y tú, entonces, le perdonaste la vida. En castigo, márchate del pueblo hoy mismo. No queremos oír hablar más de ti.

Por eso la gatita estaba ahora en el tejado, pensando dónde se iría. Su desesperación no tenía límites. Y he aquí que de repente vió a su lado al ratoncito, que le dijo:

—No te aflijas. Eres demasiado bonita para apenarte. Anda al pueblo vecino y triunfarás. Te doy este consejo en agradecimiento por haberme perdonado la vida.

Al decir esto, el ratoncito desapareció como por encanto. Una vez sola, la gatita se puso a pensar. Y después se marchó al pueblo vecino.

La vió venir un gato muy brillante y hermoso, que era el rey de los gatos. Salió a su encuentro y, con toda cortesía, la invitó a su palacio. Desde entonces, la gatita vivió feliz. Se casó con el gato rey y tuvo varios hijos

Los Premios del Concurso de CHASCON

Para el concursante que coloree mejor las **16 tapas** numeradas del Concurso, habrá un Primer Premio, consistente en una lindísima bicicleta. Este Primer Premio se exhibe en la vitrina de la Librería de la **Editorial Ercilla**, Agustinas 1639. Los que hagan este trabajo un poquito menos bien, recibirán valiosos premios: juguetes escogidos especialmente en las mejores jugueterías. También recibirán buenos premios, aunque un poco inferiores, los que pinten sólo algunas de estas **16 tapas**.

DAREMOS PREMIOS ESPECIALES a los que nos envíen, además de estas 16 tapas, los dibujos para colorear que se publicaron en **CHASCON** en sus primeros números, antes de abrirse el Concurso. Estos premios consistirán en juguetes y en subscripciones a la **Revista CHASCON**.

Página del Concurso

(CUADRO N.º 3)



Si ha pintado los dos primeros cuadros y pinta éste y lo envía a la revista puede ganar algún buen premio.

***“Mejor Luz
Mejor Visión”***

**LA DISTANCIA
DE 35 CMS.**

***es justo la que necesitan
los ojos de la criatura***



La iluminación deficiente obliga muchas veces al niño a aproximar el libro a los ojos, acercándolo a una distancia mucho menor que la normal para leer—es decir 35 cms. Esto causa daño a la vista y por eso aconsejamos que se vigile la clase de luz que usa la criatura para leer.

Sus hijos podrán progresar en sus estudios y prevenir futuras enfermedades de la vista si Ud. dedica AHORA toda su atención a la iluminación de su hogar.

Compañía Chilena de